

DIA TERCERO.

SAN POTINO, SANTA BLANDINA Y LOS OTROS CUARENTA
Y SEIS MARTIRES DE LEON.

Habiendo conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion excitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias; en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros mártires de las Galias. La historia que vamos a referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos ellos. Llegó á tanto su furor, que no podian dejarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra ellos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artifices, soldados, y hasta las mismas mujeres en todas partes los insultaban, y en todas los cargaban de injurias y de imprecaciones. Hacíase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que, amotinado el populacho,

acometió en tumulto las casas de los fieles, apedreó-las, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de ellas padecieron todos los ultrajes y todas las violencias que es capaz de ejecutar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y con este fin mandó prender á los que el pueblo tenia encerrados dentro de sus casas, entregándolos a los magistrados; preguntáronles estos por su religion en presencia de toda la muchedumbre, y respondiendo todos intrépidamente que eran cristianos, los enviaron á la cárcel hasta que volviese el gobernador, que á la sazón se hallaba ausente de la ciudad; y luego que se restituyó á ella, se los presentaron para que les hiciese su causa. Era el gobernador un hombre brutal y bárbaro, y no se pueden imaginar las crueldades que ejecutó con los santos mártires, queriendo por este medio congraciarse con el pueblo. No pudo sufrir la indignidad con que eran tratados aquellos ilustres confesores un caballero jóven, llamado Velio Epagata, mozo de notoria y celebrada bondad, y en voz alta pidió que se le permitiese hablar en su defensa. Como era tan conocido, apenas abrió la boca cuando todo el pueblo se desencadenó contra él. La respuesta que le dió el gobernador fué preguntarle si era cristiano; y respondiéndole animosamente que sí, al punto le echaron mano, y le agregaron á los demás que estaban destinados para el martirio, llamándole por escarnio desde allí en adelante abogado de cristianos.

Pero como se habia cogido sin distincion á todos los que encontraron en las casas forzadas por el populacho, el rigor que se practicaba con ellos dió luego á conocer los constantes y los flacos. De casi cincuenta que fueron presos, diez perdieron el ánimo, y renunciaron la fe con mucha afliccion de todos los fieles, llegando tambien á resfriarse el zelo de los cristianos

que seguian á los confesores para asistirlos. Pero cada dia eran arrestados otros de nuevo, que llenaban dignamente el lugar de los que habian flaqueado, y fueron presos todos los que eran reconocidos por sobresalientes en sabiduria y en virtud, asi en la iglesia de Leon, como en la de Viena. Cuando se forzaron las casas de los cristianos, se prendió indistintamente á todos los que se encontraron en ellas, y juntamente con los amos fueron arrestados muchos esclavos. Temerosos estos de que les hiciesen padecer los mismos tormentos que á aquellos, les pareció que el medio mejor para librarse era acusarlos de todos los delitos que les imputaban los gentiles; y así los acusaron de que comian carne humana, y que en sus juntas cometian las mayores infamias y mas sucias obscenidades. Nacian estas acusaciones, parte de malicia, y parte de ignorancia; porque oyendo hablar á sus amos del sacramento de la Eucaristia, se les figuraba que comian carne humana cuando recibian en la comunión el cuerpo de Cristo; y observando que todos los cristianos, hombres y mujeres, se trataban reciprocamente de hermanos y de hermanas, maliciaban que todo era para cubrir sus torpezas.

Esparcidas estas calumnias entre el pueblo, no es fácil decir cuánto irritaron los ánimos contra los santos. Pero el furor se declaró particularmente contra Sancio, diácono, que era natural de Viena; contra Maturro, que acababa de recibir el bautismo; contra Atalo, que había nacido en Pérgamo de la Asia, y era respetado por una de las columnas de la iglesia de Leon; contra una tierna doncella llamada Blandina, cuya constancia dió testimonio de que la gracia no depende de edad, de sexo, ni de condicion. Era esclava, y de tan delicada complexion, que los demás cristianos, y aun su misma ama agregada tambien al número de los mártires, temian mucho que no tu-

viese animo para confesar que era cristiana; pero ninguno confesó á Cristo con mas valor ni con mayor magnanimidad en medio de los mas crueles tormentos. Su constancia llegó á cansar la barbaridad de los verdugos. Despues de haberla despedazado, arrastrado y atormentado inhumanamente por todo un dia, confesaron que alguna fuerza superior y divina debia de sostener á aquella doncella; pues no siendo así, el menor tormento de los que le habian hecho padecer bastaria para quitarle la vida. Con efecto, le dislocaron todos los huesos; llenaron todo su cuerpo de sulcos con uñas de hierro; descubriéronla hasta las entrañas con ramales acerados; y en medio de tan larga como horrible carniceria, no se le oian otras palabras que estas: *Soy cristiana, y entre los cristianos se ignora hasta el nombre del delito.* Los verdugos, cansados y rendidos, desesperaron de poderle quitar la vida; por lo que el tirano mandó que la volviesen á la prisión.

No triunfó menos en el diácono Sancio la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Como era extranjero le preguntaron su nombre, su patria, su condicion y su ministerio; pero á todas las preguntas respondió con dos solas palabras: *Soy cristiano.* Por mas que le despedazaron sus carnes hasta los huesos; por mas que se valieron del hierro, del fuego y de los mas crueles suplicios para arrancarle una leve señal de impaciencia, se conservó inalterable, sin oírsele otra cosa sino decir continuamente: *Por la gracia de Dios soy cristiano.* Atormentáronle tan horriblemente, que todo su cuerpo era una sola llaga; todo hinchado, todo encorvado, y todo encogido, apenas tenia figura de hombre. El gran deseo que tenian de vencer por lo menos la paciencia de alguno de los mártires con la violencia de los tormentos, hizo creer á los verdugos algunos dias despues que, si atormentasen de

nuevo al santo diácono sobre las llagas primeras, no podría resistir á la violencia del dolor; pero sucedió todo lo contrario, con gran confusion de los gentiles. Lejos de rendirse el cuerpo del glorioso mártir con el nuevo suplicio, cobró nuevas fuerzas con él, y volviendo á su primera forma, se restituyó también á su antiguo vigor.

Llenaban de confusion á los gentiles las victorias de los cristianos, y deseaban, por lo menos, arrancar alguna nueva calumnia de la boca de los cristianos mismos. Con este intento se les ofreció aplicar la cuestion á una mujer llamada Biblis, que por haber renunciado la fe, atemorizada de los tormentos, creían que por librarse de la cuestion levantaria á los cristianos los delitos mas atroces. Pero nunca triunfó con mayor esplendor la fe y la gracia de Jesucristo. Despertó Biblis, por decirlo así, de un profundo sueño en virtud de aquel tormento. Los dolores pasajeros que la atormentaban, le trajeron á la memoria las penas eternas que la estaban aguardando si no se arrepentia con tiempo de su cobarde apostasia, y en vez de declarar algo contra los cristianos, tomó á su cargo defenderlos con esta generosa respuesta: ¿Cómo es posible que coman carne de niños aquellos á quienes está prohibido comer la sangre de los animales? ¿cómo es posible que cometan incestos los que miran con horror aun la menor impureza? Por lo demás no penseis haber triunfado ya de mi flaqueza y de mi cobardía, porque os declaro que soy cristiana; y por medio de esta generosa confesion volvió á entrar en la compañía de los mártires.

Avergonzados los paganos de ver confundido su furor por la constancia de los fieles, tomaron la resolución de hacerlos perecer de hambre y de miseria en las prisiones. Metieronlos á todos en diferentes calabozos subterráneos, oscuros, hediondos, llenos

de sabandijas y de insectos, y que mas parecían sentinas que calabozos. Encajaronlos de pies en unos cepos, dispuestos con tanta violencia, que muchos espiraron en aquel cruel tormento; otros por la corrupcion del aire, y algunos de pura miseria. Entre estos fué san Potino, obispo de Leon, y cabeza de aquella generosa tropa, siendo á la sazón de noventa años. Sabian los gentiles que era la cabeza y como el padre de los cristianos; y habiéndose apoderado de él sin tener respeto á su venerable ancianidad ni á su debilidad extrema, le molieron á golpes, y arrastrándole por las calles hasta la plaza, le presentaron al gobernador, que luego le preguntó: ¿quién era el Dios de los cristianos? Conocerásle, respondió el santo, como tengas verdadero deseo de conocerle. Enfadado el gobernador con esta respuesta, le volvió las espaldas con desprecio. Arrojóse sobre él despues el populacho, y á puntillazos y á pedradas le dejó medio muerto, y de resultas espiró dos dias despues en la prision. Véase aun el dia de hoy en una gruta de las antiguallas de Leon un agujero muy estrecho abierto en la misma peña, donde se dice que encajaron á golpes al santo obispo, comprimiéndole con una cuña, en cuyo género de suplicio entregó su espíritu al Criador.

Habiendo llegado el dia señalado por el gobernador para dar á los gentiles el espectáculo de las fieras, exponiendo á ellas los santos mártires, fueron sacados de la prision Maturio, Sancio, Blandina y Atalo. Pasaron como espectáculo por delante de todo el pueblo, y en esta funcion iban los verdugos apaleando á los dos primeros. Apenas entraron en el circo cuando soltaron las fieras, y abalanzándose á ellos, los arrastraron y los despedazaron horriblemente. Viendo que aun no habian espirado, encarnizado el pueblo pidió que los hiciesen sufrir nue-

vos tormentos, y especialmente clamó por el de la jaula de hierro enrejada y encendida. Dióle ese gusto el gobernador; y metidos en ella los santos mártires, aunque el hediondo humo de la carne achicharrada ofendía igualmente las narices y los ojos, no se dió por satisfecho el furor de la muchedumbre. Tampoco fueron bastantes para desalentar el valor de aquellos héroes cristianos tantos y tan espantosos tormentos; antes se les oía gritar: Siervos somos de Jesucristo, y nos tenemos por dichosos en derramar hasta la última gota de nuestra sangre á gloria de su santísimo nombre. Irritado de esta constancia uno de los verdugos, les pasó la espada por el cuerpo; y quitándoles la vida, les abrió el camino para la corona del martirio á que aspiraban.

Habian atado á santa Blandina á un madero con los brazos extendidos en forma de cruz, y acercándose á ella las fieras, mostraron respetarla; por lo que mandó el gobernador que la volbiesen á la cárcel, especialmente habiendo observado que aquella maravilla hacia en el pueblo alguna impresion. Despues pidieron á Atalo con el mayor empeño, por ser tan conocido de todos, haciéndole igualmente respetable su nacimiento y su virtud. Dió una vuelta al rededor del anfiteatro con un cartel en el pecho en que se leian estas palabras: *Este es Atalo el cristiano*. La gritería, la burla, la chacota y las injurias que el pueblo descargaba sobre él aumentaban visiblemente la alegría que se dejaba ver en su semblante. Iba ya á entrar en el circo cuando tuvo noticia el gobernador de que era ciudadano romano, por lo que mandó le volbiesen á la cárcel con los demás cristianos hasta tener respuesta del emperador, á quien habia consultado lo que debia hacer con él y con los demás.

Era espectáculo de ternura y de admiracion ver en

las prisiones aquella tropa de gloriosos confesores de Cristo, en cuyas heridas se leian los mas encaucidos elogios de su fe. Unos medio tostados, otros dislocados todos sus huesos, otros despedazadas sus carnes, y todos cubiertos de llagas, triunfando de alegría por haber sido dignos de derramar la sangre, sufrir injurias y tormentos por el nombre de Jesucristo. Sobre todo era admirable su humildad; pues en medio de haber sido echados á las fieras, de haber padecido tan crueles suplicios, de haber pasado por todos los tormentos que supo inventar la crueldad y de haber padecido tantas veces el martirio, todavía no podian sufrir que les diesen el nombre de mártires, y se encomendaban sin cesar á las oraciones de los fieles.

Necesariamente habian de tener mucho fruto aquellos grandes ejemplos. Los que habian hecho traicion á la fe con indigna cobardia, movidos de un vivo arrepentimiento, resolvieron reparar el escándalo por medio de una generosa confesion de la fe que habian abrazado. Efectivamente, habiendo llegado la respuesta del emperador con orden de que se quitase la vida á todos los que persistiesen en confesar á Jesucristo, y se diese libertad á los que hubiesen renunciado al cristianismo, quedó sorprendido el gobernador cuando vió que estos mismos pedian ser otra vez examinados acerca de su religion. El público arrepentimiento que mostraron de su primera flaqueza, la generosa confesion que hicieron de la fe que profesaban, y el ardiente deseo que mostraron de derramar toda su sangre en su defensa, les mereció la gracia y la dicha de ser agregados á los demás santos mártires, y de entrar á la parte en su corona.

Hallábase en Leon un cristiano, por nombre Alejandro, médico de profesion, muy celebrando por su singular pericia en la facultad, pero mucho mas por

el zelo de la fe de Jesucristo, que predicaba en todas ocasiones con resolución y con valor, aprovechando la oportunidad de visitar sus enfermos para persuadirlos que se hiciesen cristianos. Estando junto al tribunal del juez mientras hacia el interrogatorio y tomaba la declaracion de los que antes habian apostatado, les hacia señas con la cabeza y con los ojos, exhortandolos a confesar el nombre de Jesucristo, y les hablaba con los gestos. Notólo el pueblo; y como estaba tan indignado contra los que se habian arrepentido de su apostasia, comenzó a gritar acusando al médico Alejandro de tener la culpa de aquella mudanza. Volvióse el gobernador hácia él, y preguntóle quién era. Soy cristiano, respondió intrépidamente Alejandro; y sin pasar mas adelante el juez, irritado con esta respuesta, le condenó a ser despedazado por las fieras, mandando fuese llevado á la cárcel con los demás mártires que ya estaban sentenciados á muerte. Dilatóse la ejecución hasta el dia siguiente, por celebrarse en él una fiesta gentilica. Los primeros que expusieron á las fieras fueron Atalo y Alejandro, que, habiendo sido arrastrados por ellas largo rato, sacudidos y despedazados, los dejaron tendidos en la arena medio muertos. Quiso el pueblo divertirse con el cruel espectáculo de verlos asarse en la caja ó en la jaula de hierro ardiendo. Alejandro se mostró en ella perpetuamente unido con Dios, sin hablar palabra; pero Atalo, viendo que el pueblo se tapaba las narices por no poder tolerar el humo y el mal olor de la carne quemada, exclamó diciendo: *De vosotros, ídólatras, si que se puede decir os alimentais de carne humana, pues la asais para que á lo menos os entre el mal olor por las narices. Los que servimos á Jesucristo no sabemos qué cosa es alimentarnos con hombres, ni cometer ninguno de los delitos que nos imputais. Pre-*

guntóle uno cómo se llamaba su Dios, y le respondió: *Los nombres se inventaron para distinguir la multitud, y el que es por esencia único, no ha menester nombre.* Poco tiempo despues acabó gloriosamente su carrera.

Muertos ya casi todos los santos mártires, salió al anfiteatro Blandina, acompañada de un niño cristiano, llamado Póntico, de edad de solos quince años, que se cree haber sido hermano de la santa doncella. De propósito reservaron á estos dos para los últimos, pareciéndoles que el flaco sexo de la una, y tierna edad del otro, con el terror que les causarían los tormentos que habian visto padecer á los demás, con cuyo fin todos los días los sacaban al anfiteatro, los tendrían atemorizados y perderían el ánimo. Pero su inmutable constancia en la religion cristiana irritó de tal manera al pueblo contra ellos, que hizo fuesen atormentados con toda suerte de crueldad y de barbarie. Ejecutaron en ellos todos cuantos suplicios pudieron imaginar para obligarlos á jurar por los dioses inmortales; pero todo fué inútilmente. Animado Póntico con las exhortaciones de su santa hermana, se mantuvo invencible, y espiró en los tormentos haciendo gloria de ser cristiano.

La última de aquella dichosa tropa que consiguió la corona del martirio fué santa Blandina, habiendo sido la primera que se presentó en el combate. No cabia en sí de gozo, viéndose tan cercana al fin de su carrera. Despues de haber sido azotada con varas, de haberla de nuevo despedazado las fieras, de haberla vuelto á encerrar en la jaula encendida, diciendo siempre soy cristiana, la metieron en una especie de red y la expusieron á un bravo y furioso oro, que, habiéndola dado terribles golpes, la arrojó varias veces al aire con las astas; y mostrándose insensible á este tormento, ocupada su alma toda en Dios, fué al fin degollada con los demás. Así triun-

fó la fe de Jesucristo en la victoriosa constancia de estos 48 mártires, que desde entonces se hicieron muy célebres en toda la santa Iglesia.

Los que murieron en la cárcel fueron los santos Potino, obispo de Leon, Arescio, Cornelio, Zósimo, Tito, Zórico, Julio, Apolonio, Germiniano, y las santas Julia, Emilia, Jamnica, Pompeya, Ausonia, Alomna, Justa, Trófima y Antonia.

Los que acabaron degollados fueron los santos Epagato, Zacarías, Macario, Alcibiades, Silvio, Primo, Ulvio, Vital, Comino, Octubre, Filumino, Gérmino, y las santas Julia, Albina, Grata, Rogacia, Emilia, Postumiana, Pompeya, Ródana, Biblis, Cuarra, Materna y Elba.

Los expuestos á las fieras fueron los santos Sancio, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico y santa Blandina, cuya veneracion en toda la Iglesia fué tan grande desde luego, que solo tenian el nombre de santa Blandina muchas iglesias consagradas á todos los 48 mártires; y la de Viena aun el dia de hoy llama al dia de los mártires de Leon la fiesta de santa Blandina y de sus compañeros, nombrando solamente á la santa en la oracion del oficio.

No se dió por satisfecho el furor de los gentiles con la muerte de los santos mártires, y se ensangrentó tambien contra sus sagradas cenizas, que arrojaron en el Ródano despues de haber quemado sus cuerpos. Pero Dios las conservó juntándolas milagrosamente, y en el sitio en que se hallaron se edificó una iglesia en honor de los mismos mártires, cuyas cenizas se colocaron debajo del altar mayor; y porque se cree que este milagro sucedió el dia 2 de Junio, desde entonces se llamó este dia *la fiesta de los milagros*.

Porque los mártires de Leon se llaman tambien *los mártires de Ainay*, que es un sitio de la misma ciudad,

donde se juntan los dos rios, el Ródano y el Saona, piensan muchos que aquel fué el lugar de su martirio; lo cierto es que en aquel paraje estaba el altar de Augusto, donde se hacian los sacrificios, en cuyas fiestas les quitaron la vida. Otros, con mayor probabilidad, son de parecer que nuestros santos mártires murieron en el anfiteatro, cuyas ruinas se registran aun el dia de hoy en la montaña que llaman de Four viere, donde se ven las grutas subterráneas, que servian de calabozos; si ya no eran las cuevas ó las jaulas donde se tenian encerradas las fieras. El haber sido quemados los cuerpos delante del altar de Augusto, pudo dar ocasion á que se llamasen *los mártires de Ainay*.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Arezzo en Toscana, los santos mártires Pergentino y Laurentino, hermanos, quienes, siendo aun niños, despues de haber padecido crueles suplicios, y obrado grandes milagros durante la persecucion de Decio, dirigida por el presidente Tiburcio, fueron victimas de la espada.

En Constantinopla, los santos mártires Luciliano y los cuatro jóvenes, Claudio, Hipacio, Paulo y Dionisio, con quienes Luciniano vuelto cristiano de sacerdote de los idolos que era, fué arrojado despues de varios tormentos en un horno encendido; mas apagadas las llamas por la lluvia, salieron todos sin lesion alguna. Por último consumaron el martirio por mandado del presidente Silvano, aquel en una cruz, y los mozos acuchillados.

En el mismo lugar, santa Paula, virgen y mártir, que, cogida recogiendo la sangre de dichos mártires, fué azotada y echada al fuego, y al cabo decapitada en el mismo sitio donde fuera crucificado Luciniano.

En Córdoba de España, san Isaac, monje, acuchillado por la fe de Jesucristo.

En Cartago, san Cecilio, presbítero, que ganó para Jesucristo a san Cipriano.

En la diócesis de Orleans, san Lifardo, presbítero y confesor.

En Luca en Toscana, san Davino, confesor.

En París, santa Clotilde, reina, por quien su esposo Clodoveo se hizo cristiano.

En Anañi, santa Oliva, virgen.

En el Languedoc, san Hilario de Carcasona, venerado como obispo.

En Clermont, san Genes, obispo.

En Pontoise, la venerable Hildeburga, viuda, cuyo cuerpo está en San Martin.

Dicho día, santa Perseverancia, mártir.

En una isla del rio Sangar, en el Asia Menor, san Atanasio el Taumaturgo.

En Sanforas de Mingrelia, el fallecimiento de san Farnacio, confesor.

En Irlanda, san Coengindo, abad de Gleandalouch.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente:

Præsta, quasumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concedenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos benignos intercesores con vos en nuestras necesidades á los que celebramos constantes en la confesion de vuestro santo nombre. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres : Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron

justitiam, adepti sunt repro-missiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convalescerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castraverunt exterorum : acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos : alii autem dissentientium sunt, non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula et carceres : lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt : circumierunt in melotis, in pelibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti : quibus dignus non erat mundus : in solitudinibus errantes, in montibus et speluncis et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati, inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles : fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras : necesitados, angustiados, afligidos : hombres, que no los mereció el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus, nuestro Señor.

NOTA.

« El intento del Apóstol así en esta epístola como en la que escribió á los Gálatas y á los Romanos, es mostrar que la verdadera justicia no proviene de la ley, sino de Jesucristo que nos la comunica por la fe y por su divino Espiritu. Esto lo demuestra en la epístola á los Romanos por la ley moral y por las obras; en la epístola á los Corintios por las ceremonias legales, y en esta por los sacrificios. »

REFLEXIONES.

Por la fe fueron los reinos conquistados por los santos, y por ella hicieron obras de justicia. No es de admirar que los santos obrasen tantas maravillas por medio de la fe; porque á la verdad, ¿qué no podrá con la fe un hombre santo? El asombro es que no seamos nosotros santos, profesando la misma fe y la misma doctrina; antes bien que seamos tan cobardes cuando se ofrece la ocasion. *Todo lo puedo* (decia el apóstol san Pablo) *en virtud de aquel Señor que me conforta* (Ad Philip. 4). Una fe viva es todo poderosa; obliga, por decirlo así, á que el Señor haga milagros. Cuanto mas débil es el sugeto, mas se ostenta su poder. A una viva fe y una perfecta confianza nada sabe negar el Señor; pero es menester que esta fe sea pura, que sea humilde, que sea animada con las obras, que sea verdadera fe. Con esta fe cerraron los santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas vigor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra, derrotaron ejércitos de enemigos extraños, es decir, que no solo domaron sus pasiones, no solo se rieron de los suplicios, sino que se burlaron de todo el infierno junto. *La victoria vence al mundo*, dice el evangelista san Juan (1 Joan. 4), esto es, nuestra fe. Pero ¿será la fe de los cristianos de estos tiempos? ¿será la nuestra? Mas ¿quién la despojó de su fuerza y virtud? ¿quién debilitó su constancia y su valor? ¿Podremos decir que nuestra fe nos hace victoriosos del mundo, cuando somos siempre viles esclavos de sus máximas y de sus leyes; cuando somos víctimas de los respetos humanos; cuando estamos tan servilmente sujetos á sus modas y á sus caprichos? Apenas se reconoce otro dueño; por lo

menos él es el mas imperioso, el mas duro, el mas fiero, el mas tirano, el mas absoluto, y con todo ningun otro es mejor servido. ¡Y nosotros somos los que nos preciamos de tener la misma fe que los santos! ¡y será posible que nos lo queramos persuadir! Consultemos nuestras costumbres, consultemos nuestras obras. ¡Fantasma de fe! y quiera Dios que no sea tambien fantasma de religion; una en los labios, y ninguna en el pecho. ¿Será mucha nuestra religion cuando la fe está muerta, ó á lo menos moribunda? ¿Y cuál será nuestra suerte en la vida? Oh, que nos convirtiremos á la hora de la muerte; entonces se aviva la fe, no hay duda; pero es menester que resucite. ¿Y no será de temer que nuestra fe en aquella hora sea como la de los demonios que creen y tiemblan? Harto desgraciados son aquellos cuya fe no produce otro efecto que el del miedo y el temor.

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cæli, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et in-

En aquel tiempo respondi Jesus, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra: porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo le quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviare. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde

venietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera.

MEDITACION.

EL YUGO DEL SEÑOR ES SUAVE. Y SU CARGA LIJERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay consuelo puro sino en el servicio de Dios; todo lo demás es tumulto, aturdimiento, confusion y amargura. Todas las alegrías mundanas tienen su origen en alguna pasión; y naciendo de tan emponzoñada fuente, no pueden dejar de acompañarlas la turbación, el temor, los sinsabores, el fastidio y la mudanza. Todas son superficiales, rara flor nace en este valle de lágrimas que no sea artificial; riése algo, pero se llora mucho más; las cruces invisibles y las pesadumbres interiores son la renta más activa y más segura de los dichosos del siglo.

A la verdad, ni el amo á quien se sirve, ni las leyes que prescribe, imponen yugo más suave, ni carga más ligera. No hay cosa más dura que la esclavitud en que se vive en el mundo; como reinan en él todas las pasiones, se le obedece como esclavos, y él manda como tirano. La emulacion roe al alma, la ambicion es su tormento, cuéntanse tantos enemigos como concurrentes, y tantos envidiosos como testigos. ¿Hubo nunca en el mundo amistad pura y sincera? El interés es aquel grande y único resorte que pone en movimiento toda la máquina; el amor propio, el primer móvil que la agita; infiere de aquí si podrá haber tranquilidad y sosiego en el corazón de

un hombre del mundo, mientras la paz inalterable y la alegría pura son la herencia de las almas justas.

De la paz de la conciencia nace la del corazón; esta es su madre, no tiene otra. Es verdad, no lo niego, que hay cruces en el camino de la virtud; pero el fruto que producen es de una exquisita dulzura. Carga el Señor á sus siervos con algun peso; pero tal, que sin trabajo lo puede llevar un niño. Tiene sus leyes nuestra religion; mas solamente se hacen duras á los que no las observan; pocos de los que exactamente las guardan dejan de experimentar su dulzura; tanto, que algunas veces llegan á temer disminuir el mérito de su observancia el gusto y el deleite que ocasiona.

En esta materia, ¿quién debe ser más creído que los santos, cuya experiencia los habia hecho maestros, y en su virtud afianzaron el más seguro testimonio de su veracidad? Un san Efren, un san Francisco Javier, una santa Teresa, una santa Maria Magdalena de Pazzis se quejan amorosamente al Señor de los excesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas. ¿Cuándo se han quejado de lo mismo los mundanos, esos declarados siervos, esos miserables del mundo? ¡Y despues de esto hay, Señor, tan pocos hombres que os sirvan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo segun la fe, sino tambien segun la razon natural, el yugo del Señor debe ser suave, y su carga muy ligera. Todas sus leyes tiran derechamente á cegar el manantial de nuestros disgustos; todo el evangelio es un admirable secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de esta vida. No hay hombre más dichoso que el que vive sin pasiones. Solamente los verdaderos siervos